

## **Tiempos de cosecha**

**Por Lina Marcela Sánchez Calderón, 2016**

Carmencita se desmayó con la última semilla de arroz sembrada, allá en el terreno que tenían a orillas de Chadó. Fue en el verano de 1972, cuando algunos rayos de sol todavía golpeaban la tierra abonada. Su madre cocinaba para la camada de hermanos que, orientados por el padre y sus predicciones en la luna, subían a Chadó a sembrar en el rancho, durante los tres meses vacacionales de la escuela. Carmencita continuó sembrando, luego de hidratarse. Le gustaba estar lista, ahí, en la tierra que alimentaba a su familia.

La familia de Carmencita subía en cayuco desde Jaqué hasta Chadó, al igual que la mayoría de las familias. Desde muy temprano todos abonaban la tierra de sus ranchos para sembrar yuca, otoe, plátano, arroz, maíz, caña, ñame y ñampí... cultivos ancestrales que en tiempos de cosecha servían de alimento e intercambio entre las familias de Jaqué, o se vendían en la capital panameña y en Juradó, pueblo colombiano lindante con Panamá por el Este de la costa pacífica, a dos horas de Jaqué, cuando se va o viene en lancha. Mientras algunos hijos se encargaban de preparar la tierra y recoger la cosecha, otros iban a los árboles a tumbar cacao para hacer chocolate o chicha, guaba para comer durante el día, nance para preparar dulce y coco para sacar la leche con la que se preparaba el sancocho o el sudado de pescado del almuerzo. En las tardes el río se convertía en la recompensa de la jornada; su brazo se llenaba de familias llevadas por las corrientes del caudal. Luego, con el canto de las chicharras, algunas familias retornaban al pueblo, mientras otras se preparaban para pasar la noche en los ranchos.

El canto de gallo en la madrugada anuncia un nuevo día en Jaqué. El pueblo se prepara para el nacimiento del sol escondido entre nubes y montañas cargadas de árboles de nato, espavé, cuipo, mango, marañón, bambú, mangle, higuierón y palmeras de coco. Los pelícanos abandonan sus nidos y alistan su vuelo para atrapar a los peces asomados en las crestas de las olas siempre agitadas del Mar Pacífico. La marea sube,

golpea los acantilados, humedece la arena a veces más gris, a veces más marrón, y una línea delgada de nubes bordea el amplio horizonte convexo que se divisa desde los seis kilómetros de playa. Las pinceladas grises en el cielo advierten un día de resolana<sup>1</sup>. El sol se asoma por momentos y se oculta entre la extensión de un telar blanco de nubes. La constante agitación de las olas resuena a kilómetros de la playa imponiendo en el pueblo la presencia de un mar fuerte, denso y voluminoso.

Los caminos abren su paso entre árboles de cedro amargo, guarumo, caucho, cocobolo, matarratón, guácimo y balsa. Los árboles frutales de naranja, limón, uvita, mango, borojó, ciruelo, mamey y marañón alimentan las caminatas, y las plantas de venturosa, mastranto y albahaca aromatizan el recorrido. Los suelos curan la enfermedad con hierbas como suelda con suelda, anamú, desbaratadora, botoncillo, paico y llantén. En las épocas de invierno cientos de árboles de mango se cargan con frutos en todas las tonalidades de verde, amarillo y naranja, mientras que en el verano, son los árboles de marañón los que fructifican. Las plantas de yuca, otoa, ñame, ají, plátano, guineo y popocho crecen por doquier y nunca faltan en las comidas. La tierra de Jaqué palpita y en sus suelos germina a cada instante la vida.

Al Oeste del pueblo, el Río Jaqué se encuentra con el mar; sus caudales conducen río arriba hacia los ríos Chadó, Julián, Pabarandó, Lucas, Amburadó, Jingurodó, Corobá y el más arriba el Tortadó. A los costados del brazo del río, cuando aún no se diferencia entre la sal y el dulce de las aguas, florecen los mangles: el mangle rojo, blanco, negro, salado, piñuelo y cornoco o nato que amarran la tierra y reverdecen el camino. Más arriba el aire ya no carga la humedad del mar. Los vientos sacuden plantas de platanillo y primitivo, árboles de espavé y cuipo. Continuando en el caudal, entre las ramas de los árboles de pichindé, se asoman pájaros de cresta azul y pecho rojo; son los martines pescadores que preparan sus vuelos para cazar comida. Las corrientes del río se agitan mientras los cayucos avanzan su curso en medio de una selva espesa

---

<sup>1</sup> Es un estado del cielo en el que una sola nube blanca, amplia en todo el firmamento, se impone y tras de ella se encuentra el sol, lanzando sus rayos. El cielo en el litoral pacífico se caracteriza por la resolana. El sol está presente tras la tela de nubes blancas.

de la que se escapan los límites entre Colombia y Panamá. El camino conduce a las ocho comunidades indígenas: Biroquerá, Llano bonito, Valle alegre o Barrancón, Villanueva, Lucas, Coco, Mamey y Peñitas, esta última queda antes de llegar a Santa Teresita en donde el territorio ya es colombiano. Se trata de comunidades Emberá y Wounnan, las cuales se extienden por la región del Darién y están conformadas en parte por indígenas colombianos del departamento del Chocó. Y en Peñitas, la última comunidad que resguarda el río, las divisiones territoriales ya son tan difusas que en las tardes la señal radial sintoniza las noticias panameñas y en las madrugadas las colombianas. Durante décadas, por los ríos Pabarandó y Jaqué han bajado cientos de cayucos cargados de plátano, maíz, arroz y otoo; alimentos cultivados y cosechados por indígenas Emberá y Wounaan, a quienes les ha pertenecido este territorio mucho antes del nacimiento de las fronteras.

Luego de ver el gran árbol de Mamey, los abuelos decidieron bautizar con ese nombre a su comunidad. Un día allí tembló. La tierra se sacudió tan fuerte que arrasó con varios tambos<sup>2</sup> del lugar. El señor Abelares, oriundo de Mamey, no pudo bajar en su cayuco las cabezas de plátano que siempre vendía en el pueblo. Ese año, 1967, decenas de familias se despidieron de su tierra, luego de ver las profundas grietas ocasionadas en el suelo. Desde entonces, la comunidad se ha disminuido, así como otras comunidades de los ríos. La migración hacia Jaqué creció por el temblor, y fue aumentando porque la aspiración de las nuevas generaciones se convirtió en terminar sus estudios de bachillerato, y en sus comunidades la escuela llega hasta la primaria. Los abuelos y abuelas resguardaron sus saberes de siembra tal vez porque pensaron que era más importante que sus nietos asistieran a la escuela para luego emplearse, migrar a la ciudad y pensar en otras oportunidades económicas que no demandaran el esfuerzo constante y desprestigiado de la agricultura. 'Y así como la gente se fue, el árbol de Mamey se secó', decía Rafael, mayor de la comunidad de Mamey.

Abelares y su esposa Diomedes dejaron su terreno en Mamey, luego del temblor. Ya en

---

<sup>2</sup> Nombre que le atribuyen las comunidades indígenas de la zona a sus casas, hechas tradicionalmente de varios tipos de madera, como el roble y la guadua.

Jaqué, se fueron a Anayansi; barrio construido durante el gobierno del presidente Omar Torrijos para atender a la población afectada. Ellos, junto a sus hijos, dejaron atrás un terreno en el que se explotaban cultivos de plátano, otoi, maíz y arroz; alimentos que producían para consumo propio, intercambiaban con sus vecinos, o vendían en el pueblo. Para ese momento, en Mamey aún vivían alrededor de cuarenta familias, de las cuales solo tres continúan ahí. La migración de Abelares y Diomedes, de Mamey hacia Jaqué, transformó su relación con la siembra, así como sucedió con otras familias que también bajaron de los ríos. Algunos mayores preservaron su labor en la tierra sembrando pequeños cultivos en sus limitadas parcelas que en nada se asemejan a los terrenos amplios de sus comunidades; otros conservaron sus tierras y empezaron a sembrar de manera ocasional. La vida en el río empezó a disminuir, las cotidianidades se transformaron, así como las vacaciones en los ranchos, las juntas<sup>3</sup> de verano y las siembras bajo el sol.

### ***Barco para la merienda***

*Mamá juguito de piña*, pide Eliel cuando compran en la tienda la merienda para la escuela. David llega en su bicicleta y por un dólar pide papitas fritas y salchicha. Eliel y David salen juntos a la *Escuelita de la Paz*; lugar que hace las veces de jardín infantil en Jaqué. Durante el descanso, Floralba, maestra de la escuela, reparte la colada preparada con harina de plátano popocho y leche de coco, mientras los niños abren sus loncheras. David abre el paquete de papas y Eliel rompe el agujero de la cajita de jugo que ha llegado en barco desde ciudad de Panamá, hasta la tienda del pueblo. La colada se enfría.

A unos kilómetros de distancia de la boca del río Jaqué, viene navegando el *Halcón*: un barco enorme ha zarpado desde Ciudad de Panamá y trae a familiares y amigos de quienes viven en el pueblo, en un viaje de trece o dieciséis horas de navegación;

---

<sup>3</sup> La *junta* es una expresión panameña que hace referencia al encuentro de varias personas para llevar a cabo una labor en común de manera colaborativa, casi siempre orientada a la construcción de una casa, o al trabajo con la tierra.

también vienen toneladas de comida: huevos, tomate, papa, cebolla, jengibre, maíz, queso, carne, pollo, arroz, frutas tropicales enlatadas, colada de maíz racionada, cereal en cajas, fríjoles refritos, jugos empaquetados. Son las provisiones de un pueblo que se llena de tiendas en algunos de los lugares donde antes se cultivaba. Dos jóvenes preparan el platón de una de las únicas camionetas que hay en Jaqué, para recibir los alimentos. El barco se ancla al muelle en donde la cosecha perdida de decenas de mangos invade el suelo enlodado. Empieza la descarga.

Cada semana a Jaqué podrían llegar cien toneladas de productos enlatados e importados, las cuales probablemente han viajado dentro de los 600 millones de toneladas de mercancía que entran anualmente por el Canal de Panamá<sup>4</sup>. Un viaje en espiral de alimentos provee a supermercados, tiendas de barrio y centros comerciales de distintos países y pueblos del mundo, incluyendo a un pueblo como Jaqué, ubicado geográficamente en el llamado *Tapón del Darién*. Tapón le han dicho por la falta de acceso terrestre, desde la época de Balboa, al frondoso territorio; pero el aparente aislamiento no lo abstrae del juego de las mercancías. Aquí, como en otros pueblos, las frutas retornan enlatadas en calidad de importación.

Luego de la merienda, la manada de niños y niñas de la escuelita sale hacia la playa con botellas plásticas vacías. Corren hasta la orilla del mar y juegan en el limbo de su espuma. A algunas de las niñas el mar las alcanza mojando el borde de sus vestidos. Risas. *¿Maestra para qué las botellas?* Pregunta Jenny, mientras los demás vuelven a la arena seca. Floralba muestra la botella de Jonatan llena de arena: *si las ponemos todas juntas donde estamos sembrando, los maparas<sup>5</sup> no se comerán las plantitas del huerto.* Todos llenan sus botellas y vuelven a la escuela, a continuar las clases en el huerto.

## **El retorno de las tortugas Lora**

---

<sup>4</sup> [http://economia.elpais.com/economia/2016/06/25/actualidad/1466855348\\_207431.html](http://economia.elpais.com/economia/2016/06/25/actualidad/1466855348_207431.html)

[consultado el 18 de marzo de 2017]

<sup>5</sup> Le dicen así a los cangrejos carroñeros del lugar, que suelen vivir en suelos arenosos lejanos de la playa, o en rincones oscuros de las casas.

En la comunidad indígena de Biroquerá, un grupo de niños siembra árboles de pichindé a la orilla del río Jaqué. El pichindé es un árbol frondoso de raíces que se incrustan fuerte en la tierra para amarrarla. Allí mismo, las abuelas hablan del aceite de trupa que prepararon, de la yuca que comieron, del arroz que cosecharon y de la miel de caña que sacaron. La siembra y los saberes culinarios tradicionales invaden la cotidianidad de los niños, hasta que en la adolescencia van a vivir en el internado de Jaqué para terminar la escuela.

El invierno en Jaqué, no solamente trae las lluvias torrenciales que alimentan la humedad constante del pacífico; también traen de regreso y en trabajo de parto a las tortugas marinas que, décadas antes, habían nacido en la playa del pueblo. Cuando el mar no puja<sup>6</sup> y la luna mengua, es mucha más probable ver a la tortuga lora arrastrarse por la arena. Un recorrido de meses la lleva a la playa donde años antes nació, para desovar ochenta o cien huevos que ella misma siembra en la arena. La marea la empuja hasta la arena seca y ella con sus aletas cava un hoyo profundo en donde incubarán sus crías hasta romper el cascarón. La tortuga lora entra en un trance; en un estado de meditación mientras caen los cerca de cien huevos, uno a uno. Cada tortuguita recibe en ese momento un mensaje ancestral y maternal de retornar a esa misma playa, cuando llegue su momento de parir. Las tortugas no tienen cómo olvidar el instinto marino que las conduce siempre a tierra.

---

<sup>6</sup> En el pacífico panameño y colombiano se le dice *puja* al fenómeno natural que se produce cuando la marea llega a su máximo nivel de altura cubriendo la playa. La marea va bajando, hasta que cumplidos ocho días llega la quiebra; momento en el que el mar se va lejos de la playa.